

KÖLNER BEITRÄGE ZUR LATEINAMERIKA-FORSCHUNG

Herausgegeben von Christian Wentzlaff-Eggebert und Martín Traine

Serendipia: migración como oportunidad

editado por Christian Wentzlaff-Eggebert

Universidad de Colonia

Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina

Universität zu Köln

Arbeitskreis Spanien – Portugal – Lateinamerika

Serendipia: migración como oportunidad.

Contribuciones de Christian Wentzlaff-Eggebert, Antonio José Pérez Castellano, Juri Jakob, Núria Lorente Queralt, Guillermo Siles, Mariela Sánchez, Sidonia Bauer, Enrico Lodi, Olivia Petrescu, Barbara Hagg-Huglo, Božena Wislocka Breit, Antje von Graevenitz, Ani Petrossian, R. Sergio Balches Arenas, Carlos Gómez Gurpegui, Ilka Csoregi, Mario Garvin y Martín Parselis.

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de:



**CULTURES
AND SOCIETIES
IN TRANSITION**

y **SANTANDER UNIVERSIDADES.**

Köln / Colonia 2018

Arbeitskreis Spanien – Portugal – Lateinamerika
Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina
Albertus-Magnus-Platz
50923 Köln

ISSN 1438-6887

Redacción: Irma Mecevic, Martin Middelanis y Artur Müller-Nübling

NÚRIA LORENTE QUERALT:

„SER ARGENTINO ES ESTAR LEJOS”: EL EXILIO POÉTICO Y POLÍTICO DE JULIO CORTÁZAR

Abstract:

This work accounts for the polemics that starred the Argentine writer Julio Cortázar in the intellectual fields context of the 60s, 70s and 80s. We briefly tackle, in the next pages, the necessity of thinking about the identity in the approach of terms: exile and research and not of legacy and acceptance that will determine the writer's life and define his intellectual commitment with the tumultuous reality of this period. We observe how the literary criticism and cultural paradigm were two his voluntary exile to Paris as of his following forced exile, how his travels influenced in his literary career and we think how far the option of living the Latin American far away developed the narrative strategies and meta-literary reflections that will determine his conception about literature.

Introducción: la itinerancia del escritor como Dogma

Acción o efecto, el exilio, fuese voluntario o sea forzado, se ha convertido en insistente realidad y tema literario. La escritura, como depósito de inquietudes, pozo de lamentaciones, raíz de debates y reflejo de los arquetipos sociales ha sido, desde el principio y en sus múltiples formas, quién se ha encargado de auxiliar al exiliado en su periplo en tierras extranjeras. Político o intelectual, el abrazo de la literatura, en sus infinitas facetas, ha revitalizado la función del intelectual obligado a marcharse, permitiéndole, de este modo, resignificar su viaje y aprovechar la distancia como estrategia efectiva de creación.

En este sentido, en muchos escritores, el exilio va a ser la consecuencia del escapismo ideológico, o del afán cultural, pero, en la mayoría, el desplazamiento acabará materializándose como musa caprichosa de toda meditación previa a la escritura. Desde este punto, el de la diáspora definida en términos de búsqueda e inspiración y paso previo al artefacto discursivo, me propongo analizar de qué manera el exilio se convierte en una constante en las reflexiones de Julio Cortázar a partir de la década de los 60.

El propósito de este trabajo pues, concentra su interés en analizar en qué medida la salida de Argentina permite al escritor encumbrar el exilio y la ficción literaria como espacios desde los que pensar la realidad de su país,

aun estando lejos, consagrando, de este modo, la experimentación literaria como eje vertebrador de las urgencias políticas del momento. A partir de esta reflexión inicial el trabajo traza un itinerario reflexivo más ambicioso, pues se propone examinar, en la medida que la extensión lo permite, el modo en que, a través de sus múltiples viajes, Cortázar define su posición en el campo cultural, expone interesantes reflexiones sobre la función del escritor en las prácticas revolucionarias, resignifica el exilio y la tarea del intelectual exiliado, conceptualiza el compromiso que este debe guardar con toda esa realidad conflictiva y encumbra una apología del importante papel que debe cumplir la literatura en un proceso de transformación social como el que se estaba viviendo en América Latina durante esos años.

En múltiples coloquios, ensayos, congresos, conferencias y entrevistas, Cortázar habla del exilio y entreteje reflexiones objetivas sobre la situación política de su país con juicios sobre su propia condición como escritor latinoamericano fundamentados en sus vivencias personales, y sus propias tendencias políticas y experiencias literarias. Al tocar el problema del escritor exiliado Cortázar no vacila en autodefinirse como “uno de los tantos innumerables protagonistas de la diáspora”. La diferencia, y de ahí la insistencia de este trabajo en reivindicar la noción del exilio desde su figura, es que esta condición forzada del escritor obligado a alejarse de su país en él asume ciertas anomalías que iremos desgranando.

En este sentido, desde la figura de Cortázar como centro y del exilio como escenario, el trabajo articula, de forma sucinta, los tres ejes que entretienen el panorama político, social y cultural del momento: la ficción literaria y su utilidad para hablar de revolución, las vicisitudes políticas y su centralidad en el debate cultural y, finalmente, el papel del intelectual que, desde el exilio, debe comprometerse con ese escenario problemático.

Planteo pues, con todos estos propósitos, un recorrido analítico por los diferentes códigos culturales, conflictos estéticos y pugnas intelectuales que el exilio inaugura en la práctica literaria cortaziana.

“Llevar la casita a cuestas”: Salir para encontrarse

Abril de 1951, Julio Cortázar tiene 37 años, llega a París un escritor apolítico que, al margen de la historia e interesado, únicamente, por las ficciones típicas de un esteta pequeño-burgués no sabe bien qué espera encontrar en Francia. Obnubilado por la bohemia parisina, los pequeños conciertos de jazz de la Rue Mouffetard, las musas metafísicas de Montmartre o las pretensiones intelectuales de los cafés, inicia un exilio cultural en busca de sensibilidades inspiradoras que lo desinfecten de las lógicas populistas que Argentina estaba padeciendo con el auge del

movimiento peronista. Es el tiempo de *Bestiario* (1951), su primer libro de cuentos, donde el autor traduce, mediante una narrativa brillante, esta sensación claustrofóbica que le producía el estatismo de la Argentina peronista, a partir de escenarios y ambientes agonizantes, protagonistas del desconsuelo que sufren los personajes.

Cortázar, seguro de su decisión irreversible de instalarse en París, viaja voluntaria y conscientemente. Es un pensador, cuyo ingenio brota, en ese momento, de lo puramente experiencial. Por ello y siguiendo la opinión generalizada de la élite cultural argentina, el exilio va a ser, para él, un trámite necesario en su quehacer literario, una forma de afirmar su consciencia de literato latinoamericano y, sobre todo, la única manera que encuentra para subrayar su férreo compromiso con su deber de ser escritor. De manera que, el abandono de la vida bonaerense que repudia, más que en una huida, acaba convirtiéndose en una sacudida experiencial, en una búsqueda incesante de sentidos.

Aquí aparece la primera permuta en su concepción del exilio: la diáspora se dibuja, en sus escritos, desahogada de elementos negativos, y revestida como ejercicio desde el que vehicular ideas y praxis que sin ella parecerían fruto del delirio. Con esta actitud, la obligación de ajustar su idiosincrasia a los nuevos parámetros franceses no se convierte en una actividad pauperizante y negativa, sino en un ejercicio de acceso cultural a su país, eso sí, desde una panorámica europeizante. París se convierte en el catalizador que le permite iniciar un proceso lento de descubrimiento del *otro* y sus problemáticas. Son los años de *Rayuela* (1963) y *El Perseguidor* (1960) y, por tanto, el tiempo de los *-ismos*, de la novela como tablero de subjetividades, de los capítulos como vastos universos psicológicos y de la escritura como biopsia del tejido social.

Ahora bien, esta férrea decisión de residir en un país europeo para descubrir nuevos sistemas de expresión formal va a enfrentarse a una coyuntura concreta, la de las opiniones de sus compatriotas, que verán en este ejercicio de huida una traición a su *argentinidad*. Con ello, Cortázar se enfrascará en múltiples debates que irán definiendo este proceso de *fuga* de los orígenes, como una *búsqueda* de los mismos y que tendrán como eje central su viaje a Cuba en 1963.

Como decíamos, el primer viaje a Cuba, extasiante y revelador, va a ser la fuente de inspiración de toda una serie de cartas, debates y ensayos en los que el escritor argentino va a reflexionar sobre su oficio de intelectual y, con ello, sobre su condición de latinoamericano. Quizás es esto último lo que más le debe Cortázar a Cuba: el descubrimiento de América Latina. Es entonces, a la vuelta de su viaje, cuando Cortázar afirma otro de los

aspectos positivos de su primer exilio, en relación a su descubrimiento: la posibilidad de escapar de la ceguera nacional para poder ver, en perspectiva y de forma global, las raíces de lo latinoamericano.

Cuatro años después de su significativo viaje a la isla de las Antillas, Cortázar escribe en 1967 una carta a Fernández Retamar, confesándole todas estas reflexiones en torno al descubrimiento, desde los cafés parisinos y la música cubana, de su verdadera condición de argentino. No es solo esta perspectiva universal, que Cortázar reivindica para poder seccionar lo originario, lo que hace de esta misiva un disparadero de detracciones, sino, después de su viaje a Cuba, la alegría, revela a Retamar, de poder haber desnacionalizado su juicio para pensar la Revolución cubana, desde más allá de lo geográfico.

La imagen esbozada en la carta es, pues, la de un Cortázar supranacional que cuenta con una vasta cultura para lanzarse a la búsqueda de sus raíces, más allá de regionalismos y realismos. A la de la exploración de lo latinoamericano desde lo universal se suma otra tesis significativa que, pese a ser menos visible, también se va a convertir en el preámbulo de toda una serie de inectivas por parte de la crítica cultural. Hablo del descubrimiento, por parte del escritor, y desde el prisma de la Revolución cubana, de que el socialismo representaba la única solución, en tiempos modernos, a los problemas de América Latina. Curioso es, cuanto menos, que el esteta bonaerense que huye de su país atemorizado por las masas, con una visión más poética que práctica del mundo, reivindicando con cierta insistencia una libertad estética y una lógica vital *snob*, defiende ahora el socialismo como la única corriente ideológica capaz de centrar su foco de atención en el hecho humano en sí. De este diálogo de fórmulas antagónicas que el exilio le lleva a enunciar emerge la posición ideológica y política del autor y, con ello, la determinación de su tendencia artística.

A esta carta a Fernández Retamar, conocida por el catálogo de ideas problemáticas que en ella intenta conciliar Cortázar, le sigue una suma de polémicas derivadas de su lectura pública. La primera de ellas, rica en ironías por quién la enuncia y por el contenido que expone, enfrenta a Cortázar con José María Arguedas. El escritor peruano recoge en la revista *Amaru* (1968) algunos de los juicios antagónicos que venían marcando la carta de Cortázar a Retamar y que, con posterioridad, pasarían a formar parte de su libro *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), transformados en sutiles guiños al lector. Arguedas asalta a Cortázar por su burguesa convicción de desmerecer lo nacional y, entre tanto arremete contra su posición como escritor exiliado. Frente a Cortázar, Arguedas se declara *provinciano* ante esos aires, que bautiza como *solemnidades ridículas*. Es

interesante observar en las palabras de Arguedas hasta qué punto se le exigía al escritor latinoamericano una implicación explícita, no solo intelectual, sino también política e incluso física, con su ámbito nacional. El argentino, resentido con el disfraz de traidor y desleal con el que Arguedas intenta velarlo, responde con un artículo vehemente.

Me interesa significativamente este artículo porque en él Cortázar sigue defendiendo a ultranza el exilio, como sabemos, como toda ausencia de la patria, pero desprovisto de cualquier elemento negativo y, además, precisa abiertamente su concepción sobre la figura del exiliado: “los exiliados no somos ni mártires, ni prófugos, ni traidores”, llega a decirle a Arguedas (1968). De manera que, todavía en estos años, cercanos a los 70, la problemática del exilio se define en él como una elección personal y voluntaria, por ello mismo, Cortázar asume su condición de exiliado sin pensar que ha sido expulsado de la *latinoamericanidad* y que sus libros no son menos latinoamericanos por no haber sido escritos en su geografía.

Unos años más tarde surge otra polémica que, pese a ser más tardía no es menos interesante, y que nos permite entrelazar su concepción del exilio, protagonista en los altercados anteriores, con lo que nos viene interesando: las lógicas creativas que definen la literatura cortaziana. Esta vez es Óscar Collados (1975) quien increpa al escritor por haber olvidado la realidad latinoamericana -hablo de realidad en términos políticos y sociales, pero también de su concepto literario, de realismo- alucinado por el espiral de juegos formales con la que los franceses se *entretenían*. Bajo este reproche, y esto es lo que me corresponde subrayar, se adivina aquello que el exilio le regala a la literatura de Cortázar en un primer momento: si la condición de exiliado le permite ir descubriendo, en ese proceso de búsqueda largo e intrincado, la humanidad y las políticas que la benefician, también, en el plano cultural, el exilio define su literatura como un ejercicio de exploración formal y ficcional y tentativa estética.

Con todo ello, Cortázar reivindica una pluma panorámica capaz de experimentar con nuevos horizontes de sentido y, ahora sí, declara abiertamente la relación directa de su exilio voluntario y su tendencia literaria: «la toma de consciencia de todo escritor latinoamericano presupone y exige una lejanía, porque la literatura debe mostrar al hombre el mundo desde todos los ángulos posibles» (1994).

Para ejemplificar su posición acerca del intelectual y sus funciones políticas y sociales, Cortázar se declara contrario a la figura del líder campesino Hugo Blanco (Perú, 1934), a quien condena por someter a la escritura al reduccionismo del combate, al escritor al gusto de las masas y a la literatura a la exigencia de la revolución. Frente a ello, el autor argentino

reivindica la libertad de estilos e independiza a la palabra de las necesidades inmediatas de la revolución, algo que no agrada del todo a los jóvenes parisinos revolucionarios de mayo del 68. La literatura, desprendida de otros requerimientos, es capaz, desde su perspectiva, de asumir una intensa revolución formal y funcional, para con ello, de forma gradual, asumir otra revolución mucho mayor: la de despertar a sus lectores. Ahí está la clave del compromiso del escritor argentino que sus compatriotas tanto le reclamaban, en la necesidad de concienciar al pueblo, no mediante las armas, sino mediante las letras.

Es en ese espacio casi utópico donde convergen los dos mundos problemáticos que lo atraviesan: el de la lucha política en Argentina con el peronismo y la función que el escritor tiene que cumplir en esa convulsa realidad y el del deber del escritor con lo nacional y propio. De este cruce entre cultura, revolución y nación nacerá la posición de enunciación que va a caracterizar su opinión crítica: aquella que versa que la revolución debe ser primero cultural y que, por eso mismo, “América Latina, necesita más a los revolucionarios de la literatura que a los literatos de la revolución” (1994).

Lo dicho hasta aquí, pone de manifiesto como el exilio voluntario, en el que se aventura Cortázar, va forjando en él una serie de itinerarios de pensamiento al servicio de la política y la literatura que, inevitablemente, despiertan ciertas antipatías por su atrevido contenido trasgresor y ciertas burlas por sus aspiraciones utópicas. Sin embargo, la polémica que ejemplifica y da cuenta de todos estos debates que han protagonizado las líneas de esta incipiente aproximación a la opinión cortaziana y que fue crucial, tanto para su evolución política, como para su condición de exiliado, fue aquella que cruzó las reivindicaciones de 54 intelectuales conocidos del momento, entre los que, irremediablemente, se encontraba Cortázar, contra las inectivas del antes tan admirado por el autor Fidel Castro.

No hace falta decir que este suceso, y todo aquello que acarrió, acabó siendo bautizado como el Caso Padilla (1971), contingencia que enfrentaría, duramente, a estos intelectuales que mostraron su preocupación mediante una abatida carta por la detención del poeta y escritor Heberto Padilla, con el dirigente cubano¹.

¹ Padilla, que desde 1967 trabajaba en su alma máter, es detenido el 20 de marzo de 1971 a raíz del recital dado en la Unión de Escritores, donde leyó *Provocaciones*. Arrestado junto con la poetisa Belkis Cuza Malé — su pareja desde fines de 1967 — fueron acusados de “actividades subversivas” contra el gobierno.

La respuesta de Castro no solo obviaba las peticiones demandadas en la carta, sino que cortaba un traje a medida para todos estos intelectuales, confeccionado con un inventario de calificativos que, en tono peyorativo, iban desde el típico *liberales burgueses* o *señoritos*, hasta *seudoizquierdistas*, *farsantes* o *traidores*. Para el cubano, la barrida de fronteras a la que aspiraba la pluma de Cortázar, en su afán supraliterario, no era más que una forma de traición invisibilizada, puesto que, parafraseando al mandatario cubano, el escritor de verdad debía luchar en América Latina.

No me interesan, más allá del morbo poco intelectual, tanto las fórmulas, el tono y las condenas repartidas en ambos discursos, como la trascendencia que estos van a tener. Pensemos que, al cáustico discurso de Castro le sigue la prohibición de entrar a Cuba a todos estos intelectuales y lo funesto no es que el pobre Cortázar ya no pudiese volver a su querido archipiélago caribeño, es que con el disgusto de su antes tan venerado dirigente a nuestro escritor se le hunde, de golpe, toda la base ideológica que había forjado en su huida de Argentina. De manera que, ni el eclecticismo y cosmopolitismo que Cortázar idolatraba de París, ni la idea del contraexilio como musa creativa, ni la del escritor supranacional, ni la de la revolución en términos de intelectualidad hicieron que Castro perdonara al excomulgado escritor que se deshacía en panegíricos y disculpas, cuya calidad es más que cuestionable, para truncar el categórico rebote de su antiguo ídolo.

Si en el plano real el conflicto con Fidel Castro o la obvia enemistad con el régimen argentino son los exponentes más claros de todos estos debates sobre literatura, compromiso y exilio que venimos comentando, en el plano literario la traducción discursiva de todo ello va a ser *El Libro de Manuel*, como disimulada, pero adivinable contestación a las invectivas del dirigente cubano. La novela del 1973 es, sin duda, el esfuerzo más significativo de su autor por conectar su concepción de la ficción literaria con la virulencia política de los últimos años en América Latina. No nos interesa la novela en tanto análisis literario de estrategias narrativas, puesto que daría lugar a otro estudio distinto, sino de las brillantes reflexiones metaliterarias. Mediante ellas, Cortázar acaba respondiendo, conscientemente, a los debates sobre la figura del intelectual exiliado y su función como escritor y nos permite resumir las ideas que han ido conformando su léxico literario, político y cultural. La novela, sin embargo, no tuvo una acogida cuantiosa; unos la consideraron demasiado panfletaria, otros demasiado literaria.

Aún así, más allá de su recepción, con este libro el autor logra responder a unos parámetros específicos que, no solo justifican todo el proceso problemático que venimos comentando, sino que nos permiten señalar

cómo este itinerario de evolución intelectual y madurez experiencial influyó en su obra literaria. Es, precisamente, ahí donde me interesaba llegar: con su libro y los debates abiertos, Cortázar pone de manifiesto como esos personajes desorientados, huidizos y en constante búsqueda de un sentido inalcanzable e ilógico no son tan diferentes al escritor que, desengañado por el vacío existencial que sufre, huye de su país a la caza de musas que lo esperancen. Que esos escenarios laberínticos, apremiantes y agrietados de sus obras no son tan diferentes a ese país sucio, recubierto de carteles peronistas que el autor poetizaba en *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967). Y, sobre todo, que ese abrazo fraterno que el exilio le presta no es, en ningún caso, una respuesta o una solución a sus problemas, sino un ejercicio metafísico más que le sirve para problematizar el frenético crucigrama que define su vida y su obra.

Conclusiones: La identidad del escritor a través de las fronteras

La importancia del caso Cortázar consiste pues en el hecho de que brinda una síntesis de los problemas de la literatura latinoamericana como hecho político: la revolución, la huida, el exilio cultural, la identidad, la responsabilidad del escritor, el compromiso y la libertad intelectual, siendo todos estos conceptos y las esferas políticas, sociales y culturales que los atraviesan, los que otorgan al escritor las dimensiones creativas que marcarán su tendencia literaria. Con todo ello, me interesaba reivindicar de qué manera el exilio es para Cortázar una serendipia, es decir un hallazgo afortunado e inesperado que le permite descubrir imaginarios *otros* tan fructíferos en su literatura. Puesto que, la salida es la que posibilita esa potencia cuestionadora que caracteriza a la obra cortaziana y que va más allá de lo propiamente argentino, puesto que la identidad subjetiva y literaria del escritor no se asienta ni en la universalidad ni en el autoctonismo, sino en la aceptación de una pulsión tan irreconciliable como necesaria que no se opone, sino que se completa forzosa y problemáticamente en su afirmación más paradójica: la de que “ser argentino es estar lejos”.

Bibliografía

- Arguedas, José María. “Primer diario”, *Amaru*, 6, abril/junio de 1968 Fuente: Pacarina del Sur - <http://www.pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/1136-la-quena-y-la-filarmonica-la-polemica-entre-jose-maria-arguedas-y-julio-cortazar>.
- Berg, M (2011). *Diasporic generations: Memory, politics and nation among Cubans in Spain*. Oxford: Berghahn Books.
- Brah, A. *Cartographies of diaspora: contesting identities*. London: Routledge. (1996).
- Cortázar, J. *América Latina: exilio y literatura*, en *Obra crítica completa*. Volumen 3. Madrid: Alfaguara. (1994).

- “Carta a Roberto Fernández Retamar”, 10 de mayo de 1967, *Casa de las Américas*. 45. Fuente: Pacarina del Sur - <http://www.pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/1136-la-quena-y-la-filarmonica-la-polemica-entre-jose-maria-arguedas-y-julio-cortazar>.
- (1994). *Sobre puentes y caminos*, en *Obra crítica*. Volumen 3. Madrid: Alfaguara.
- *Argentina: años de alambradas culturales*. Argentina: Iberlibros. (1984).
- *El libro de Manuel*. Argentina: Iberlibros. (1973).
- *La vuelta al día en ochenta mundos*. Madrid: Alfaguara. (1967).
- Collazos, Óscar, Vargas Llosa, Mario, Cortázar, Julio. *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México D.F: Siglo Veintiuno Editores. (1975).
- De La Nuez, I. *Fantasia roja. Los intelectuales de izquierdas y la Revolución cubana*. Barcelona: Debate. (2006).
- Franco, J. *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*. Barcelona: Debate. (2003).
- Gilman, C. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI. (2003).
- Gonzales Alvarado, O. “La quena y la filarmónica. La polémica entre José María Arguedas y Julio Cortázar”, *Pacarina del Sur* [En línea], 23, abril-junio, 2015. ISSN: 2007-2309. (2015).
- Gundermann, C. “La revolución más profunda: Julio Cortázar entre literatura y política revolucionaria” *Horizontes*, 2004, Puerto Rico.
- Herraéz, M. *Julio Cortázar. El otro lado de las cosas*. Valencia: Ronsel. (2001).
- Kohat, K. "El escritor latinoamericano frente a los problemas y conflictos de la actualidad," *Revista de Literatura Hispánica*. 22. Abril 1985.
- Lombardo, V. “El difícil oficio de calcular, o dónde me pongo” en Croce, 2006, p. 213-219.
- Peris Blanes, J. *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de memoria*. València: Quaderns de Filologia. (2008).
- “Libro de Manuel, de Julio Cortázar, entre la revolución política y la vanguardia estética. *Cuadernos de Investigación Filológica*. 31. 2005. p. 143-161.
- Rama, Ángel. *10 problemas para el narrador latinoamericano*. Caracas: Síntesis Dosmil. (1972).
- Fernández Retmar. *Cinco miradas sobre Cortázar*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo. (1968).
- Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz. (1969).
- Sklodowska, E. *Testimonio hispano-americano. Historia, teoría, poética*. Nueva York: Peter Lang. (1992).
- Yúdice, G. “Testimonio and postmodernism” *Latin American Perspectives*, 1991, 18.3, p. 15-31.
- Standish, P. “Los compromisos de Julio Cortázar” *Hispania*, 1997, 80/ 3, p. 465-471.
- Vargas Llosa, M. *Contra viento y marea*. Barcelona: Seix Barral. (1992).